

¿Lustro joven?

Contra lo que digan y escriban los fabulistas, poetas y cuentistas infantiles, el niño que en este momento me está lustrando los zapatos descachados, es en realidad un anciano disfrazado de mocoso. En sus ojos no existe la más leve huella de la inocencia y en su rostro hay un rictus de amargura tan palpable, que ni siquiera su fingida alegría puede ocultar.

Sus manos pequeñas, percutidas por tintas, cremas de calzados y suciedades, manejan con tal destreza las escobillas, que un profano no puede imaginar siquiera que esas escobillas son los juguetes que la vida le ha obsequiado, y que si él las maneja con presteza y agilidad es porque a esos "juguetes" los ha llegado a querer con tal intensidad, puesto que si bien no le sirven para jugar, por lo menos le ayudan a ganarse los centavos necesarios para comprarse un escuálido plato de comida.

Esa suma de dinero no creo que ayude con el tiempo a construir una fortuna, porque, como el cambio fiduciario representa algo así como cinco centavos de dólar, esa suma no sirve para nada; pero, como la impotencia reprimida es la creadora de los paraísos artificiales, él ha aprendido que reuniendo el equivalente de tres pesos, con esa suma se puede comprar un pomo de "thiner", y así escapar de su micro mundo existencial para alcanzar el macro cosmos de lo irreal, absurdo y fantástico.

Una vez que ha terminado su trabajo y con manos expertas guarda en su cajón sus herramientas de laburo, sabiéndose cómplice involuntario de su hazaña, saca de un escondrijo un pomo pequeño, y tras mirar a ambos lados y no advertir nada sospechoso, lo abre con manos imprecisas y se lo lleva a las narices. Un "Ah..." satisfecho escapa de sus labios después de haber respirado parte del contenido del pomo, y, cuando comprende que yo estoy enfrente suyo, con esa ingenuidad que existe en las almas prematuramente envejecidas, me alcanza el pomo al tiempo que dice: "Échale un tantacito de k'olo que ya no vas a ser tan tacajo y de buena gente me vas a regalar algunos quivos extra..."

Creo que fue Víctor Hugo el que escribió que: "El abandono de un ser humano solamente puede ser aliviado cuando un extraño comparte, tanto sus desdichas como sus perversidades". De ser así, puedo considerarme un mal aprendiz de ser humano porque cuando, en un momento determinado un niño-anciano, un ser que no sabía de alegrías y bienaventuranzas, me ofreció un pasaje barato al universo etéreo donde no existe el hambre, el llanto, la violencia y el marginamiento, yo, llevado por mis estúpidas concepciones, me atreví a rechazarlo.

Y es más. Los veinte centavos que debía cancelarle por su trabajo, me están quemando los bolsillos.

Tantacito de k'olo. Poquito de droga.

Quivos. Monedas de ínfimo valor.

Víctor Hugo Viscarra. La Paz - 1958. Narrador del "sórdido mundo de la marginalidad" de las ciudades.



Los zapatos

Dos zapatos gemelos, recién salidos de un taller, nuevecitos y de hermoso brillo, tenían hambre de caminar por los caminos.

Un hombre, que gustó de ellos, los compró sin regatear ni pedir yapa.

Entonces los zapatos empezaron a andar y andar para conocer el mundo; anduvieron y anduvieron mucho trecho y mucho tiempo. Cuesta arriba y cuesta abajo.

En principio subían escaleras alfombradas y calles empedradas. Se movían lindamente en pisos brillosos de salones de bailes, después dificultosamente en pisos de tierra y baches de zonas marginales.

Estaban felices de caminar. Claro que a veces el trabajo de llevar el peso del hombre era muy duro porque los caminos no siempre eran de asfalto, madera o mosaico pintado, sino que también había piedras, barro, espinas. Pero así mismo, sean los días de sol quemante o de lluvias torrenciales, cruzando a veces arenas candentes y aguas frías, estaban contentos de trabajar cubriendo los pies del hombre.

Cuando se llenaron de polvo y de paisajes, cansados y viejos pero con experiencias y conocedores de senderos, caminos y piedras, resulta que tenían más hambre y querían aún recorrer otros caminos, sólo que ahora abrían todo el día su gran boca entre la plante y la mediasuela.

Y sólo por esto y sin advertir esas mayores ansias de seguir recorriendo caminos, el hombre los tiró a un oscuro rincón de trastos viejos.

-Descansen, quedan jubilados -les dijo y cerró la puerta.

Ahí, los pobres, perdieron todas las ansias que les restaban, se les marchitaron las ganas de seguir en los caminos y poco a poco, aunque con rapidez, se murieron, quedando nada más que suelas y material resecos.

**Muchas veces
guitarles un trabajo
a los viejos,
es apresurarles
la muerte..**

César Verduguez. La Paz, 1941. Narrador, dibujante y profesor.

**Tomado de la Revista
Correveydile - Manuel Vargas.**

Tomado de la Antología "El niño en el cuento boliviano" - Víctor Montoya.

